una sola familia humana
una sola casa común

Caritas Internationalis Informe del presidente 2015–2019

21ª Asamblea General
Roma, 23–28 de mayo de 2019

ENTRAR

Informe del presidente 2015–2019

+S. Em.ª Luis Antonio G. cardenal Tagle

Al principio, el servicio que se exigía al presidente de Caritas Internationalis me pareció una carga demasiado pesada para mis hombros. Sin embargo, pronto me di cuenta de que, asumiéndolo de buen grado, no es una carga que tengo que soportar, sino que me levanta el ánimo y me transporta a las alturas y a la profundidad del amor de Dios por la humanidad.

El presente informe es un testimonio de lo que he visto, escuchado y tocado en relación al servicio de la caridad que presta la familia Caritas, dando esperanza de un mundo más justo y pacífico. Al reflexionar sobre los pasados cuatro años, estamos agradecidos por las cosas maravillosas que Dios ha logrado a través de Caritas, a pesar de nuestros fallos y limitaciones.

En esta bienvenida a todos, quiero reflexionar sobre lo que significa para nosotros, en la práctica de nuestro trabajo como Caritas, servir formando parte de una sola familia humana, compartiendo una sola casa común, siendo testigos del amor.

Una sola familia humana: todos somos responsables de todos

Mi compromiso con Caritas Internationalis ha ratificado la constante llamada que Jesús nos hace: «*Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros*» (*Jn 13,34*). Amar como Jesús nos amó implica ejercer responsabilidad los unos por los otros.

Esta verdad se refleja en las palabras aparentemente sencillas de San Juan Pablo II: «*Para que todos seamos verdaderamente responsables de todos*» (*Sollicitudo Rei Socialis, #38*). Esta es la base de nuestra misión Caritas – nuestra creencia en que todos hemos sido creados iguales a los ojos de Dios y que el destino de toda la humanidad es, a fin de cuentas, compartido, incluyendo al mismo Jesús, que participó plenamente de nuestra condición humana.

En *Laudato si'*, el papa Francisco nos recuerda que «*el planeta es un don gratuito que recibimos y comunicamos*» (*#159*), ya que todos somos responsables por su cuidado y su custodia. Simple y sencillamente no hay otra forma de enfrentarse a nuestros problemas comunes, en nuestra casa común. Lo que está en juego es nuestra dignidad humana, nuestra propia supervivencia.

Este reconocimiento de nuestro destino humano compartido nos puede llevar a lugares sorprendentes y maravillosos. Cuando estuve en Beirut, visitando a refugiados, escolares y detenidos, observé lo cansados que se encontraban los trabajadores y voluntarios de Caritas. Hay 1,5 millones de refugiados en el Líbano, el 70 por ciento de ellos viven por debajo del umbral de la pobreza. Los desafíos a los que Caritas se enfrenta eran tan inmensos que todos los días eran grises y deprimentes. Para contrarrestar la situación, yo les pregunté: «*¿Cuáles son sus historias de esperanza?*»

Habló una mujer. Su nombre era Jeanne d'Arc y era especialista de atención pastoral a migrantes detenidos. Explicó cómo Cartas Siria la había invitado a darles capacitación en sus valiosas habilidades – el tipo de aprendizaje compartido que enriquece a Caritas. Una mañana, yendo al seminario tomó un taxi y le preguntó al conductor cuánto costaría el viaje. «Nada», le dijo el taxista.

Ella se alarmó: «¡Tengo dinero!¿Cuánto cuesta el viaje?», exclamó. Él le respondió: «¿Cómo le puedo cobrarle a Caritas?» «¿Y cómo sabe que soy de Caritas?» le respondió Jeanne, atónita. El taxista la miró: «Hace tres años, yo estuve en prisión en Beirut. Estaba enfermo y pedía medicinas. Nadie vino, pero luego, pasó usted, me escuchó y me trajo medicinas », dijo. Esa noche pude dormir. No pude darle las gracias entonces, así que permítame que se las dé ahora».

Aquí vemos la presencia de Dios, en nuestras vida. En una oscura y bien precintada prisión de Beirut, entró el amor. Esta cooperante de Caritas cruzó una barrera que la separaba de un refugiado desconocido y, en ese momento, compartió su destino. Tres años después, en otro país, sus caminos se volvieron a encontrar y ella descubre que su acto de misericordia ha vivido en el corazón del taxista todo este tiempo.

Caritas como una familia: cooperación y compartir dones

Esta aceptación de que somos una familia humana, de que todos somos responsables los unos de los otros, tiene potentes implicaciones, especialmente para la confederación Caritas. ¿Estamos listos?

Cuando Caritas organizó que el papa Francisco se reuniera con un grupo de rohingya en Dhaka, Bangladesh, su concienciación de su sufrimiento lo superó. Dejó de lado su texto oficial, reunió a los refugiados a su alrededor y lloró al pedirles perdón por el daño que se les había hecho y la indiferencia del mundo.

Uno podría decir que sus sufrimientos no eran culpa del papa. Sin embargo, nuestra fe nos enseña que ninguna persona o país está exento del deber colectivo de cuidar de nuestra casa común y sus habitantes. Con el Jubileo de la Misericordia, en 2016, el papa Francisco nos recordó el imperativo de que cada uno de nosotros debe convertirse en agente del cariñoso cuidado de Dios. Al llorar ante los rohingya, él asumió esa responsabilidad. Retó a la multitud y a todos nosotros con ellos, cuando dijo: «No cerremos nuestros corazones, ni miremos a otro lado». (*Dhaka, 2 de diciembre de 2017*)

Cuando visité los campamentos rohingya en Bangladesh, en diciembre de 2018, para conmemorar el primer aniversario de la visita pastoral del papa Francisco a Bangladesh, vi a Caritas afrontar su reto. Fui testigo de la magia especial que ocurre cuando la confederación mundial se une, cuando se ejerce la responsabilidad común en cooperación, respeto mutuo y reciprocidad.

La labor que Caritas Bangladesh está llevando a cabo, sirviendo a más de medio millón de personas, desde que estalló la crisis, es increíblemente impresionante. Confieso que, durante el viaje al enorme campamento de Kutupalong, me preguntaba cómo Caritas Bangladesh, con lo pequeña que era, podía responder a esos enormes desafíos. La respuesta surgió ante mis ojos: Caritas Bangladesh no tiene que hacerlo sola. Pertenece a la gran familia Caritas, una confederación en la que la cooperación y el compartir los diferentes dones por el bien común son una tradición familiar.

Visité el hogar de una pareja llamados Jahid y Rehena. Su casa era decente y digna, gracias a la ayuda de organizaciones miembro y otros grupos internacionales. Sin embargo, lo que me llamó la atención, como un momento de gracia, fue después de la visita, cuando un cooperante de Caritas me susurró al oído lo gratamente sorprendidos que estaban al ver a una nueva Rehena salir de su cascarón, para darme la bienvenida y hablar animadamente. Esa no era solo una casa que había sido construida con cooperación, sino una que había sido construida por una persona, un espíritu humano.

Subimos las colinas del campamento para llegar a los espacios acogedores para los niños, creados con la ayuda de nuestras organizaciones miembro. Me contaron que, en los primeros meses después de su llegada, muchos niños se rehusaban a sonreír o a hablar. Ahora estos niños, marcados por el conflicto y el desplazamiento, cantan, bailan, leen, dibujan, escriben, sonríen y ríen con gusto.

No podía más que imaginar a San Pablo hablándonos como habló a los corintios sobre el cuerpo de Cristo animado por el Espíritu Santo, hay que «*preocuparse igual unos de los otros. Si sufre un*

Caritas como una familia: cooperación y compartir dones

miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo» (*I Cor 12,26*).

Ser parte de una organización confesional tiene una ventaja única, comparada con otros actores humanitarios. La fe nos permite operar como Iglesia universal, presente en las iglesias locales y creciendo a partir de ellas. Esta dinámica espiritual les da a las organizaciones Caritas locales enormes capacidades, en el marco de la confederación en general. Son expertas en el contexto y la cultura locales, y están arraigadas en las comunidades a las que sirven.

Muchos de los cooperantes y voluntarios de Caritas Bangladesh son musulmanes, lo que les da mejor conocimiento de los rohingya que se encuentran bajo su cuidado. Pueden aprovechar los recursos de una confederación mundial, con todo tipo de habilidades y financiación. Así que puede que Caritas Bangladesh sea un equipo pequeño, pero con todos ustedes detrás, ellos se vuelven poderosos. Al mismo tiempo, tienen muchos dones que ofrecer a otros miembros de Caritas Internationalis. Todos nos podemos beneficiar de la sabiduría de unos y otros.

Para mí, esto no solo hace que nuestra confederación sea más eficaz, sino que hace de ella una fuente de nutrición y crecimiento para nosotros mismos y para aquellos a quienes servimos. Ningún miembro posee todos los dones. El Espíritu Santo distribuye dones a cada miembro por el bien de todo el cuerpo. Pero estos dones se convierten en vehículos del bien común, en vez de beneficio personal, solo si aspiramos a opciones superiores, que son el amor (*I Cor 12,31*).

Compartiendo el viaje con el «otro»

En este espíritu de cooperación e intercambio de dones, hace un año me uní a compañeros representantes religiosos de las tradiciones budista, judía, musulmana y cristiana para exigir a los líderes del mundo, desde la sede de la ONU, en Nueva York, mejorar la forma en que el mundo trata a los migrantes y refugiados.

Mi preocupación inicial se volvió agradecimiento por la admirable convergencia de las doctrinas de varias tradiciones religiosas sobre la dignidad de los migrantes, refugiados y extranjeros: todas concuerdan en que merecen un trato humano. Como dice Moisés: «Amad al forastero porque forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto» (*Dt 10,19*). Jesús renueva su promesa de recompensa eterna a aquellos que acogen al extranjero porque «cuando lo hicisteis con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt 25,40*).

En Naciones Unidas, explicamos que nuestras redes están en la vanguardia, al servicio a estas personas a lo largo de su recorrido, lo que nos da la autoridad moral para exigir rutas seguras y legales para que ellos busquen una vida mejor.

Cuando escucho a las familias rohingya o a los migrantes filipinos detenidos en una cárcel libanesa, escucho su incalculable dolor y sé que el mundo debe encontrar una respuesta más misericordiosa. El papa Francisco indicó el camino declarando en Jubileo de la Misericordia, enfocado en los refugiados.

Por consiguiente, estamos agradecidos de que, en diciembre de 2018, la ONU adoptó el Pacto Mundial para una Migración Segura, Ordenada y Regular, que Caritas ayudó a redactar. Es un paso importante para asumir nuestras responsabilidades compartidas como comunidad internacional y rezamos para que provoque cambios positivos.

El verdadero cambio, sin embargo, comienza en los corazones de las personas. Para motivar a la gente a tender la mano a los demás, iniciamos nuestro peregrinaje, 'Compartiendo del viaje', junto a refugiados y migrantes. Cuando empezamos la peregrinación mundial, en octubre de 2018, queríamos mostrarles a aquellos que se han visto forzados a abandonar sus hogares, debido a conflictos o destitución, que hay hermanos y hermanas que se preocupan por ellos y que caminarán a su lado.

Confieso que yo no completé una gran parte del objetivo de un millón de kilómetros – apenas un paseo de 2 km por las hermosas calles de Roma – pero algo mucho más grande que yo había dado comienzo. Muchos de nuestros equipos de la familia Caritas han llevado a cabo peregrinaciones, como gesto de solidaridad mundial. Hasta ahora, entre nosotros hemos caminado unos 400.000 km.

Con cada uno de esos kilómetros hemos demostrado que el primer paso del viaje es ver en el otro su plena dignidad divina. Si miramos a otro lado o nos dejamos vencer por el miedo, perdemos nuestra perspectiva y el fundamento de lo que es ser humano. En lugar de eso, el papa Francisco nos dice: «*cultivemos una apertura de corazón que vea en el otro un camino, no una barrera*» (*Dhaka, 1 de diciembre de 2017*).

Al caminar juntos con migrantes y refugiados y hablar unos con otros reconocemos a una hermana, a un hermano, a un vecino y nos reconocemos

PÁGINA ANTERIOR PÁGINA SIGUIENTE

Compartiendo el viaje con el «otro»

a nosotros mismos. De pronto, hemos perdido nuestro miedo y nos hemos convertido en una familia humana. Compartimos los mismos sueños para nuestras familias y nuestros hijos, el mismo dolor, las mismas esperanzas, la misma tierra, la misma historia. Compartimos el viaje.

Esperanza para la humanidad: el poder del testimonio de los voluntarios de Caritas

En toda esta historia de migrantes, marcada por tanto sufrimiento, nos maravillamos de la profundidad del amor y los cuidados que los voluntarios de Caritas y las comunidades receptoras han mostrado al compartir el arduo viaje de aquellos a quienes brindan asistencia.

Mi primer encuentro con refugiados, como presidente de Caritas, fue en octubre de 2015, en el punto álgido de la crisis de refugiados en Europa. Visité Caritas Hellas, en Idomeni, una diminuta aldea griega que se había multiplicado, hasta convertirse en un enorme punto de tránsito para refugiados.

Recuerdo estar en la pequeña carpa de Caritas, recibiendo a los recién llegados. Parecía que la fila de personas no se iba a acabar nunca. Me llamó mucho la atención que solo había un empleado ayudando, el resto eran voluntarios.

El trabajo era incesante. Se turnaban para embalar comida, clasificar ropa y, quizás lo más importante de todo, dedicarles tiempo a los refugiados, escuchando sus historias, manteniendo viva su esperanza.

Algunas historias se quedan con uno por mucho tiempo. En ese campamento, un menor no acompañado me llamó la atención. Se destacaba entre la larga procesión porque no iba caminando con una familia. Le pregunté de dónde era. «Siria», dijo. Le pregunté en dónde estaban sus padres. Repitió: «Siria». Cuando le pregunte que por qué viajaba solo, respondió: «Padres dijeron: ¡ve! ¡ve!» Algo me traspasó el corazón imaginando ese doloroso adiós. De vez en cuando esta historia me vuelve a la mente. Me pregunto en dónde estará ahora, si estará a salvo o si algún día volverá a ver a sus padres. Luego pronuncio una oración por todos ellos.

Caritas es Caritas por personas que se dan a sí mismas para ayudar a sus hermanas y hermanos. En Nepal, tras el terremoto de 2015, vi cómo algunas comunidades estaban restaurando no solo las estructuras físicas, sino sus propios sueños y esperanzas: muchos voluntarios acudieron a programas de capacitación sobre cómo ayudar a otros a superar traumas psicológicos, provocados por la pérdida y el dolor. Los supervivientes crearon nuevos poemas y canciones sobre el terremoto en las que encomiaban a los voluntarios de Caritas que vinieron a su rescate.

En otro ejemplo, en la Jornada Mundial de la Juventud de 2019, dos jóvenes de Panamá y Nicaragua llegaron a un evento de Caritas a compartir su dura experiencia personal de migración, con decenas de jóvenes voluntarios de Caritas. Muros de miedo se derribaron cuando los presentes se dieron cuenta de que eran personas como ellos, hermanas y hermanos.

«Ponemos nuestra gota de agua para formar un océano», dijo Jorge, un agricultor pobre de Panamá. «Poco a poco cambiaremos el mundo». Vi en estos jóvenes cómo el concepto de una familia humana se hacía realidad ante mis ojos.

Esta generosidad de espíritu que encuentro en los voluntarios y el personal de Caritas es un reflejo del amor de Dios por su pueblo. En palabras del papa Francisco, en la más reciente Jornada Mundial de los Pobres: «*La respuesta de Dios al pobre es siempre una intervención de salvación para curar las heridas del alma y del cuerpo, para restituir justicia y para*

PÁGINA ANTERIOR PÁGINA SIGUIENTE

Esperanza para la humanidad: el poder del testimonio de los voluntarios de Caritas

ayudar a retomar la vida con dignidad». (*Mensaje de la Jornada Mundial de los Pobres, 2018*).

Requiere de nosotros, como cooperantes, lo que él llama «atención amante» (*Evangelii Gaudium #199*) – no solo asistencia práctica o técnica, independientemente de lo importante que sea, sino un discernimiento minucioso del interés superior de la persona.

En una época en la que la gente está perdiendo confianza en otras personas e instituciones, Caritas puede ayudar a la gente a volver a creer en la capacidad humana de ser bueno, de hacer el bien, de amar y cuidar.

Mediante el servicio desinteresado de los cooperantes y voluntarios de Caritas, muchas personas pueden volver a confiar y tener esperanza. Los pobres a quienes servimos nos llaman a mantener en nuestras mentes y en nuestros corazones «todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio» (*Flp 4,8*).

Tocar las heridas de Cristo en las heridas de la humanidad: buenas relaciones

La atención amante se nos pide especialmente a nosotros, como fieles, para con las personas heridas. Confrontados por la crisis de la trata de seres humanos, el papa Francisco y otros líderes religiosos han establecido como objetivo el año 2020 para erradicar esta calamidad. No podemos perder tiempo.

Desde que nos reunimos en Abuja, Nigeria, en 2016 como organizaciones confesionales de 43 países, tanto cristianas como musulmanas, nos hemos comprometido a emprender muchas iniciativas para combatir la esclavitud moderna. En esa conferencia, con la gracia especial del Jubileo de la Misericordia, prometimos asumir el liderazgo en la prevención de este terrible crimen contra de la humanidad.

A través de nuestra atención socio pastoral, tenemos un acceso único para educar a las familias sobre los riesgos a que se enfrentan. Como líderes comunitarios, estamos utilizando nuestra influencia para presionar a los gobiernos con el fin de que hagan leyes en favor de las víctimas e inicien procedimientos penales contra de los traficantes.

Es fundamental restaurar la dignidad humana fundamental de la persona, cuando esta ha sido violada, por el bien común y por nuestras buenas relaciones con la sociedad, con Dios y con la tierra.

Mas esto requiere la valentía de ver y tocar las heridas de la humanidad. Son las heridas del Señor crucificado y resucitado.

Los cooperantes de Caritas son como los discípulos a quienes Jesús les mostró sus heridas (*Jn 20,19–29*). Las heridas nos recuerdan la solidaridad de Jesús con los pobres y los que sufren en este mundo.

De esas heridas vino el ofrecimiento de Jesús de paz, sanación y reconciliación. Al ver las heridas de Jesús en las heridas de otros decimos con Tomás «¡Mi Señor y mi Dios!»

La ley moral de proteger la dignidad humana y no infligir heridas en otros es igualmente pertinente en nuestras propias organizaciones y, por consiguiente, celebramos las nuevas políticas de salvaguarda de Caritas, que aseguran la protección de las personas vulnerables a quienes servimos y respetan los derechos de aquellos con quienes trabajamos.

Este es el momento para que Caritas reconozca plenamente la vital contribución de las mujeres en nuestra organización y en la Iglesia, algo que quizás a menudo hemos dado por sentado. Simplemente no podemos combatir la pobreza y cuidar por la creación de forma eficaz sin involucrar equitativamente a mujeres y hombres en la tarea.

Observamos que hay muy pocas mujeres en puestos directivos de Caritas, a nivel nacional, regional o internacional y esta es una herida que tenemos que comprobar y tocar.

La igualdad de acceso a oportunidades, recursos y remuneración es un prerrequisito esencial, si queremos lograr la misión principal de Caritas: el desarrollo humano integral.

No olvidemos que María de Magdala fue a quien Jesús resucitado envió a proclamarles su resurrección a los otros discípulos (*Jn 20,11–18*).

Las canonizaciones: auténtico desarrollo e integridad humanos

Hemos aprendido tanto sobre la naturaleza del auténtico desarrollo humano de los dos grandes patronos de Caritas que fueron canonizados en 2018. Fue una ocasión de gracia y júbilo para nosotros y para el mundo.

Los ejemplos de San Papa Pablo VI y San Óscar Romero nos recuerdan que una vida de auténtica humanidad e integridad hace que toda obra la caridad sea creíble.

Aquí, la santidad y la integridad se encuentran. Así, los estándares de gestión de Caritas, que nos hemos fijado a nosotros mismos, son una ayuda para la santidad y una misión eficaz.

El papa y el arzobispo solo se encontraron en persona una vez, pero Caritas opera en el espacio en el que ellos se encontraron espiritual e intelectualmente. Compartimos su visión de una Iglesia transformada, por su encuentro con los pobres, que requiere una conversión interna o una «revolución» del corazón y un compromiso total, aun cuando implique sufrimiento.

San Pablo VI sufrió un «martirio incruento», soportando el ridículo y el abandono al promover la renovación de la Iglesia, en tiempos turbulentos. Sin embargo, la conversión interna también puede traer consigo el prospecto de una muerte violenta, como lo vemos en el martirio de San Óscar Romero. Era una persona que comprendía que todos somos responsables de todos, que asumió como propio el sufrimiento del pueblo salvadoreño.

Me sentí muy conmovido al presidir y predicar en una misa de acción de gracias por estos dos santos de Caritas, el día antes de la canonización. Me estremecí de alegría al tener al cardenal Gregorio Rosa Chávez, amigo cercano de monseñor Romero, concelebrando conmigo, junto al cardenal Óscar Rodríguez Maradiaga, mi predecesor como presidente de Caritas Internationalis. Entre los presentes también estuvieron muchos obispos y sacerdotes, con una vibrante representación de organizaciones miembro de Caritas.

En la misa, entendí más profundamente que Caritas no es solo trabajo y actividad. Es el amor encarnado en seres humanos como el papa Pablo VI, monseñor Óscar Romero y los innumerables hombre y mujeres de Caritas que hacen de las palabras y las acciones de Jesús en la Eucaristía su misión en la vida: «Este es mi cuerpo, que por vosotros ha sido entregado. Esta es mi sangre, que es derramada por vosotros». Yo creo que en ellos se cumplen las palabras de Jesús: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (*Jn 15,13*). La santidad, en un acto de amor total y entrega de uno mismo, es el verdadero rostro de Caritas.

Caritas y la misericordia: el rostro de la Iglesia

Rezo porque ustedes, que son la parte vital de Caritas, nunca se olviden de apreciar las maravillas que Dios logra a través de ustedes, en cada acto de misericordia. Bien podría parecer, como ha dicho el papa Francisco «*como una gota de agua en el desierto de la pobreza; y sin embargo puede ser un signo del compartir, para cuantos pasan necesidad, que hace sentir la presencia activa de un hermano o una hermana*» (*Jornada Mundial de los Pobres, 2018*).

Lo que vi cuando caminé entre los rohingya en Bangladesh, los refugiados en Grecia, Líbano y Jordania, los supervivientes de los terremotos en Nepal, fue un inmenso sufrimiento humano. Sin embargo, también fui testigo de la esperanza que Caritas puede infundir en personas a quienes el mundo ha desechado.

Mientras necesiten solidaridad, amor y compasión, Caritas estará allí respetando su dignidad humana, viajando con ellos, como una sola familia humana, en una sola casa común. Caritas acude a ellos con un rostro de autenticidad, integridad y santidad.

«*Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad*» (*I Cor 13,13*). ¿Por qué la caridad, cuyo significado es amor, es la mayor? Porque «Dios es amor» (*I Jn 4,8*). Mis queridos hermanos y hermanas, que nunca nos cansemos de amar.

www.caritas.org

Caritas Internationalis

Palazzo San Calisto
V-00120
Estado de la Ciudad del Vaticano
+39 06 698 797 99

PÁGINA ANTERIOR